

REVISTA IA UAM-A

Vol 1, N°6, 11.ª Entrega, Mayo-Agosto 2026

Laboratorio de IA del departamento de Administración



Algoritmos de la imaginación XI

REVISTA DE INTELIGENCIA ARTIFICIAL UAM AZCAPOTZALCO

Dr. Óscar Lozano Carrillo

Coordinador de la Revista de IA de la UAM Azcapotzalco

Dr. Alfredo Garibay Suárez

Asesor Editorial de la Revista de IA de la UAM Azcapotzalco

Ing. Cristian Arturo Plaza Cuadras

Editor de la Revista de IA de la UAM Azcapotzalco

Ing. Zemelli Anahí Rivera Madrid

Asistente Editorial de la Revista de IA de la UAM Azcapotzalco

Grecia Josafat Jarillo Olague

Asistente Editorial de la Revista de IA de la UAM Azcapotzalco

Victor Daniel Santos Hortelano

Coordinador digital de la Revista de IA de la UAM Azcapotzalco

Lic. Cinthia Noemi Zacatenco Arellano

Coordinadora de contenido de la Revista de IA de la UAM Azcapotzalco

Edición número 6

Algoritmos de la imaginación. Volumen 1, Número 6, 11.ª. Entrega, año 2026, es una publicación electrónica editada por la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, ubicada en Av. San Pablo Xalpa 420, Col. Nueva El Rosario, Alcaldía Azcapotzalco, Ciudad de México, CP 02128. Editor Responsable: Ing. Cristian Arturo Plaza Cuadras. Reservas de Derecho al Uso Exclusivo. Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor o de la Universidad Autónoma Metropolitana. Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización de la UAM Azcapotzalco.

NOTA EDITORIAL

Es verdad que ahora la inteligencia artificial nos ayuda en cualquier tarea, su desarrollo va a una velocidad que ya nadie puede seguir y su impacto social tiene implicaciones que seguramente aun nadie puede sospechar. Una de las más importantes y severas afectaciones que se están generando con el uso de la IA tiene que ver con la adicción que está generando en nuestra niñez y juventud, por no mencionar a la población en general que hemos sido atrapados por el algoritmo sin que la mayoría se percaten de esto y si bien los beneficios de la IA para el ser humano pueden ser muchos, al final parece ser que se está convirtiendo en un problema de salud pública, en cuanto a la adicción que causa. El presente número de la revista podría parecer un compendio de cuentos hechos con IA con muy interesantes entregas, sin embargo no es así, o no solamente es así, este número y sus 12 entregas, constituye un ejemplo de los textos maravillosos que la IA puede generar, pero sobre todo, constituye un laboratorio para reconocer productos y comportamientos que la IA genera como por ejemplo, la rapidez con que la IA trabaja; generamos una convocatoria para que estudiantes e integrantes del Club IA de cine y literatura de la UAMA mandara una aportación y llegaron más de 130 trabajos en un tiempo récord, también los cuentos fueron referenciados a temáticas diversas como el amor romántico, la ciencia ficción o realismo ya en algunos casos, terror, suspenso, entre otros; vimos a su vez un fenómeno interesantísimo, en el grupo del Club hay más de 500 personas y si bien más de 130 participaron en esta convocatoria, podríamos asegurar que nadie o una gran mayoría lee los cuentos, incluso el que escribieron, mostrando uno de los fenómenos epistemológicos más preocupantes que la IA ha generado: generar un conocimiento vacío, de tal manera que este Número de la revista con sus 12 entregas presenta a ustedes más de 130 cuentos que poca gente o nadie leerá, para con ello continuar con las investigaciones sobre la IA que el Laboratorio de IA del Departamento de la UAM genera en aras de comprender mejor el fenómeno y ofrecer algunas alternativas que atiendan las problemáticas del nuevo paradigma civilizatorio que la IA está generando.

P.D. Tengo que mencionar que este comentario editorial fue hecho sin usar la IA

—OSCAR LOZANO CARRILLO

CARTA DEL EDITOR

La inteligencia artificial ha abierto nuevas posibilidades para la escritura, la imaginación y la creación literaria. Lejos de sustituir la voz humana, estas herramientas permiten explorar formas distintas de narrar, ordenar ideas, construir mundos posibles y transformar inquietudes personales en relatos capaces de dialogar con las emociones, los miedos, los sueños y las preguntas de nuestro tiempo.

El presente número, titulado Algoritmos de la imaginación, reúne una selección de cuentos elaborados con apoyo de inteligencia artificial, en los que la creatividad de sus autoras y autores se combina con las posibilidades expresivas de los modelos generativos. Esta colaboración entre sensibilidad humana y tecnología da lugar a historias de misterio, ciencia ficción, fantasía, drama, romance y reflexión personal.

La obra se publicará en 12 entregas, cada una integrada con alrededor de 11 cuentos, con el propósito de presentar de manera ordenada y accesible la diversidad de propuestas narrativas que conforman este proyecto. Cada entrega permitirá al lector acercarse a un conjunto de relatos que, aunque distintos en temática y estilo, comparten un mismo punto de partida: la escritura como espacio de experimentación, aprendizaje y creación asistida por IA.

En esta entrega se presenta el décimo primero bloque del número 6, con 11 cuentos. Estos relatos invitan a recorrer estaciones donde el tiempo se detiene, archivos misteriosos, recuerdos que se desvanecen, bibliotecas imposibles, llamadas decisivas, exámenes finales, mundos oníricos y universos donde la imaginación encuentra nuevas formas de expresarse.

A continuación, se presenta la sinopsis de los cuentos que integran esta entrega, con el fin de ofrecer al lector una guía inicial que le permita reconocer las temáticas, atmósferas y búsquedas narrativas de cada obra.

1. El reloj de las doce

Autor: Carlos Espinosa Mendoza

Sinopsis: El detective Julián Ortega investiga el asesinato de Ernesto Valdés en un despacho cerrado. Un reloj de bolsillo detenido a las doce, una taza de café con olor a almendras y una carta incompleta guían la investigación. Encuentra un hilo azul y un imán que revelan que Ricardo, el socio, simuló el cierre desde afuera. Ricardo confiesa el envenenamiento y la manipulación del reloj. Destaca la importancia de la observación de los detalles.

2. El contacto sin foto

Autora: Alison Estephanie Vega López

Sinopsis: Un joven recibe mensajes de un número desconocido a las 2:37 a.m. que afirma estar dentro de su casa. El remitente envía fotografías tomadas en tiempo real desde su habitación, mostrando una figura oscura. Tras escuchar golpes desde el clóset y recibir la advertencia de no mirar atrás, el protagonista desaparece. Su número sigue activo cada madrugada enviando el mismo mensaje. Explora el terror de la vigilancia invisible.

3. El ocaso del hierro y la seda

Autor: Luis Fabio Rangel Brenes

Sinopsis: Diego de la Vega, cirujano español, naufraga en Japón y es capturado por samuráis. Con su conocimiento en balística y anatomía, se gana la confianza de la Señora Kaede. La ayuda en una batalla y se convierte en su consejero. Renuncia a su identidad europea. Cuando un barco inglés aparece, comprende que su papel es preparar a Kaede para el nuevo orden. Reflexiona sobre el choque de civilizaciones y el poder del conocimiento.

4. El piso cuarenta y uno

Autora: Yaret Michell Miranda Robles

Sinopsis: Himma vive en un edificio donde el gobierno controla la identidad. Garrett, un nuevo compañero, resulta ser un soldado del "Proyecto Génesis". Descubren que el edificio tiene un piso 41 subterráneo donde se fabrican ciudadanos genéticamente. Son perseguidos por los "Recuperadores", que borran la memoria. Plantea un mundo distópico donde la identidad es programable y la vigilancia es total.

5. La casa donde nadie podía dormir

Autora: Odette Frausto Reyes

Sinopsis: Tomás se muda a un pueblo donde todos respetan la regla de no mirar por la ventana después de las tres de la madrugada. Escucha golpes y una voz que imita a su madre llamándolo. Ignora las advertencias y descubre la leyenda de Clara Valdés. Una criatura de piel gris y ojos blancos lo confronta, y él desaparece. El espejo queda con el mensaje: "NO MIREN AFUERA". Explora el terror de la mirada y el peligro de desafiar las advertencias locales.

6. El secreto de la nube de cristal

Autor: Santiago Gael García Gómez

Sinopsis: Mateo nota que el río de su pueblo se calienta y su caudal disminuye. La IA Spark le revela que las computadoras usan agua para enfriarse. El pueblo diseña soluciones: sistemas de enfriamiento más eficientes y uso consciente de la tecnología. El río se recupera. Enseña sobre el impacto ambiental de la IA y la importancia del consumo digital consciente.

7. El último tren de las 11:11

Autora: Jocelyn Muñoz Ibarra

Sinopsis: Sofía compra un reloj que siempre marca las 11:11. La tapa se abre y la transporta a una estación de tren. Aborda un tren que la lleva a la "Estación de los Recuerdos Pendientes", donde se reencuentra con su abuelo fallecido. Él le deja una nota: "Aprovecha el tiempo con quienes amas". Sofía despierta y cambia su vida. Reflexiona sobre el arrepentimiento y el valor del tiempo compartido.

8. La UAM-A de la noche

Autora: Leticia Marlene Solano Guzmán

Sinopsis: Mateo se queda hasta tarde en la UAM. Las salidas están bloqueadas y el campus se deforma. Una criatura burocrática lo arrastra hacia un abismo. Usa su calculadora financiera para simular una quiebra contable, provocando un cortocircuito. Despierta al amanecer con una cicatriz y decide no volver a inscribir materias en turno vespertino.

9. Si no despierto

Autora: Ximena Vanessa Ruiz Abreu

Sinopsis: Una joven es atropellada y cae en coma. Desde un estado entre la vida y la muerte, observa el dolor de su familia. Un anciano le ofrece decidir entre despertar o descansar. La voz de su madre la impulsa a regresar. Despierta y transforma su vida, aprendiendo a valorar cada presente. Reflexiona sobre la fragilidad de la vida y el arrepentimiento.

10. El expediente 17-B

Autor: Sebastian González Cruz

Sinopsis: Daniel Ortega investiga un cadáver sin heridas pero con expresión de terror. Descubre que hay varios casos similares en un edificio donde ocurrieron experimentos oscuros. Al regresar de noche, una sombra lo confronta. Es hallado muerto al día siguiente. Un joven policía, al revisar el expediente, ve una figura oscura en una foto y escucha un susurro. Explora el terror de lo inexplicable.

11. El jardín donde la luna aprendió tu nombre

Autora: Leyda Rubí Flores López

Sinopsis: Nora hereda una casa con un jardín mágico que aparece cada medianoche, donde conoce a Gael, su guardián. Enfrentan pruebas que revelan recuerdos dolorosos y una sombra que se alimenta del miedo. Gael decide sacrificar el jardín, pero Nora elige compartir el costo. El jardín cambia y regala claridad en lugar de milagros. Nora y Gael crecen juntos. Celebra el crecimiento personal, la ternura y los comienzos que nunca terminan.

ÍNDICE

EL RELOJ DE LAS DOCE	9
—Carlos Espinosa Mendoza.....	9
EL CONTACTO SIN FOTO	12
—Alison Estephanie Vega López.....	12
EL OCASO DEL HIERRO Y LA SEDA	15
—Luis Fabio Rangel Brenes	15
EL PISO CUARENTA Y UNO	19
—Yaret Michell Miranda Robles	19
LA CASA DONDE NADIE PODÍA DORMIR	28
—Odette Frausto Reyes	28
EL SECRETO DE LA NUBE DE CRISTAL.....	36
—Santiago Gael García Gómez	36
EL ÚLTIMO TREN DE LAS 11:11	40
—Jocelyn Muñoz Ibarra	40
LA UAM-A DE LA NOCHE.....	45
—Leticia Marlene Solano Guzmán.....	45
SI NO DESPIERTO	51
—Ximena Vanessa Ruiz Abreu	51
EL EXPEDIENTE 17-B.....	57
—Sebastian González Cruz	57
EL JARDÍN DONDE LA LUNA APRENDIÓ TU NOMBRE.....	62
—Leyda Rubí Flores López	62

El reloj de las doce

Carlos Espinosa Mendoza



El reloj de las doce

—Carlos Espinosa Mendoza

La lluvia caía con fuerza sobre la ciudad cuando el detective Julián Ortega recibió una llamada inesperada. En la antigua mansión de los Valdés había ocurrido un asesinato. La víctima era Ernesto Valdés, un famoso coleccionista de antigüedades. Lo más extraño era que la puerta del despacho estaba cerrada por dentro y la única ventana permanecía asegurada con un viejo cerrojo.

Al llegar, Julián observó cada detalle. Sobre el escritorio había un reloj de bolsillo detenido exactamente a las doce, una taza de café aún tibia y una carta incompleta. Los familiares aseguraban que nadie había entrado ni salido del despacho durante la última hora.

Mientras los policías buscaban huellas, el detective notó algo curioso: el reloj de pared marcaba las doce y diez, pero el reloj de bolsillo estaba limpio, como si alguien lo hubiera manipulado minutos antes. Aquella diferencia de tiempo sería la primera pista.

Julián entrevistó a los presentes: la sobrina Clara, el mayordomo Esteban y el socio de negocios, Ricardo. Todos tenían una coartada aparentemente perfecta.

Al revisar la habitación encontró un pequeño hilo azul atrapado en el cerrojo de la ventana. También descubrió que la taza de café tenía un ligero aroma a almendras, señal de un posible veneno.

El detective comenzó a reconstruir los hechos. Comprendió que el asesino no había escapado por la ventana ni había forzado la puerta. La clave estaba en el reloj detenido. Alguien quería hacer creer que Ernesto había muerto exactamente a las doce, cuando en realidad el crimen ocurrió diez minutos después.

Entonces recordó el hilo azul. Solo una persona llevaba una bufanda de ese color: Ricardo.

Julián inspeccionó nuevamente el despacho. Encontró un imán oculto detrás de una estantería. Gracias a él, el asesino había logrado mover el cerrojo de la ventana desde el exterior utilizando un fino alambre, creando la ilusión de un cuarto completamente cerrado.

Sin embargo, aún faltaba demostrar el motivo. Revisando la carta incompleta descubrió unas palabras apenas legibles: "No firmaré la venta...". Ernesto había decidido cancelar un negocio millonario que beneficiaba únicamente a Ricardo.

Cuando el detective confrontó al socio, este negó todo. Pero Julián mostró el hilo azul encontrado en la ventana y el análisis del café envenenado. Además, el reloj de bolsillo tenía las huellas de Ricardo, quien lo había detenido para engañar a la policía sobre la hora del crimen.

Ricardo comenzó a ponerse nervioso.

Finalmente, Ricardo confesó. Había planeado el asesinato durante semanas. Envenenó el café de Ernesto y, después de su muerte, manipuló el reloj para alterar la hora del crimen. Luego utilizó el alambre y el imán para cerrar el cerrojo desde afuera, convencido de que nadie descubriría el truco.

Los policías lo arrestaron mientras la lluvia cesaba lentamente. Clara agradeció al detective por resolver un caso que parecía imposible.

Antes de marcharse, Julián guardó el reloj de bolsillo como evidencia y sonrió. Sabía que, en los casos más difíciles, la verdad siempre se escondía en los detalles más pequeños.

Desde aquel día, el caso fue conocido como "El misterio del reloj de las doce", un enigma que demostró que la inteligencia, la observación y la paciencia siempre triunfan sobre el crimen.

El contacto sin foto

Alison Estephanie Vega López



El contacto sin foto

—Alison Estephanie Vega López

Género: Terror

Realizado con asistencia de IA (Modelo: ChatGPT)

Todo comenzó una noche mientras revisaba mi celular antes de dormir. Eran las 2:37 a.m. cuando recibí un mensaje de un número desconocido. No tenía foto de perfil ni nombre, solo el número.

El mensaje decía:

“¿Por qué sigues despierto?”

Me dio un poco de miedo porque era exactamente lo que estaba haciendo, pero pensé que algún amigo me estaba gastando una broma.

Respondí:

“¿Quién eres?”

Pasaron unos segundos y llegó otro mensaje.

“Estoy frente a tu casa.”

Sentí un escalofrío. Me levanté de la cama y miré por la ventana. La calle estaba vacía. No había nadie.

Volví a escribir:

“Deja de molestar.”

La respuesta llegó al instante.

“No estoy afuera. Estoy dentro.”

Mi corazón comenzó a latir muy rápido. Revisé todas las habitaciones de la casa. No encontré a nadie. Intenté bloquear el número, pero el celular se congeló por unos segundos.

Entonces llegó una fotografía.

Era una imagen oscura de alguien sentado en una esquina de mi habitación.

Miré rápidamente hacia ese lugar.

No había nadie.

Pensé que era una foto editada, hasta que noté algo extraño.

La fotografía mostraba la hora actual en el reloj de mi pared.

La foto había sido tomada en ese mismo instante.

Asustado, encendí todas las luces. El teléfono vibró nuevamente.

“Ahora voltea hacia la puerta.”

Sentí cómo se me helaba la sangre. Poco a poco levanté la vista.

La puerta estaba cerrada.

Respiré aliviado.

Entonces recibí otra fotografía.

Era la puerta de mi habitación.

Pero en la imagen aparecía entreabierta.

Y una figura alta y oscura me observaba desde el otro lado.

Levanté la mirada de inmediato.

La puerta seguía cerrada.

En ese momento escuché tres golpes.

Toc.

Toc.

Toc.

Provenían del interior del clóset.

Quise correr, pero mis piernas no respondían.

Llegó el último mensaje.

“No mires atrás.”

Por instinto volteé.

Y fue la peor decisión de mi vida.

A la mañana siguiente, mis familiares encontraron mi celular tirado en el piso de la habitación. Yo había desaparecido sin dejar rastro.

La policía nunca encontró ninguna pista.

Lo más extraño es que mi número de WhatsApp siguió activo durante semanas.

Y cada madrugada, exactamente a las 2:37 a.m., enviaba el mismo mensaje a una persona diferente:

“¿Por qué sigues despierto?”

El ocaso del hierro y la seda

Luis Fabio Rangel Brenes



El ocaso del hierro y la seda

—Luis Fabio Rangel Brenes

Género: Ficción histórica

Realizado con asistencia de IA (Modelo: Gemini)

El mar no tiene piedad por los hombres de fe, y mucho menos por los hombres de ciencia. El San Felipe, una joya de la ingeniería naval española, fue reducido a astillas en menos de una hora durante el tifón que azotó las costas de Kyūshū. Diego de la Vega, cirujano de la Armada y hombre de mundo, despertó con el sabor de la ceniza y la sal en la garganta.

La arena de la playa era negra, volcánica, y el cielo tenía un tono grisáceo que oprimía el pecho. A su alrededor, los pocos sobrevivientes que alcanzaron la orilla no tuvieron tiempo de rezar. Los samuráis que emergieron de la bruma no hablaban; su comunicación era el chasquido del metal contra el metal. Diego, postrado por la fatiga, solo se mantuvo en pie gracias a que sus dedos aún se aferraban a su bisturí de plata, un instrumento que brillaba como un talismán bajo la luz mortecina.

Ese destello fue lo que lo salvó. El joven Daimyo Takeshi, un hombre cuya mirada era tan afilada como su katana, se detuvo ante él. No vio a un enemigo, sino a una rareza. Diego fue arrastrado al corazón de un mundo que no figuraba en ningún mapa europeo. Fue encerrado en una celda del castillo de O-Hara, un laberinto de madera oscura y papel de arroz, donde la única constante era el silencio absoluto, solo interrumpido por el paso rítmico de los guardias.

Seis meses después, la rutina se rompió. Diego fue conducido ante la Señora Kaede, la viuda del antiguo señor del feudo. Kaede era una mujer que gobernaba mediante el vacío: no gritaba, no ordenaba con aspereza, simplemente existía con tal peso que todos a su alrededor se inclinaban. A su lado estaba Magdalena, una monja japonesa conversa que le servía de lengua. Magdalena era una mujer de contradicciones: vestía el hábito con desdén y en sus ojos, oscuros como el azabache, se escondía una inteligencia que había aprendido a ocultar tras años de servir a jesuitas que la trataban como a una servidora sin voz.

La sala de audiencias del castillo olía a incienso y a madera antigua. Diego se arrodilló, con las manos ocultas en las mangas de su deteriorada casaca. Kaede no lo miraba directamente, sino que observaba el vacío frente a ella, como si estuviera diseccionando un problema invisible.

—Los hombres que vinieron contigo dicen que el mundo es una línea recta —dijo Kaede, su voz resonando con una calma aterradora—. Dicen que, al final, está el castigo de un Dios único. Pero he visto tus mapas, médico. He visto que hay tierras que no conocen a tu Dios y que, sin embargo, florecen.

Magdalena tradujo, pero su voz tenía un tono ácido.

—La señora pregunta si su Dios es tan pequeño como el miedo de los hombres que lo predicán.

Diego sabía que esta era su oportunidad de morir o de vivir. La verdad, en esta corte, era una moneda de cambio que podía comprarle años de existencia.

—Señora —comenzó Diego, levantando la vista lo suficiente para denotar respeto pero no sumisión—, el mundo es vasto. Los hombres que traen la cruz no quieren que sepan qué tan vasto es, porque si el mundo es grande, su autoridad se vuelve pequeña. He navegado océanos que sus monjes ni siquiera pueden imaginar. Sus mapas son mentiras diseñadas para contenerlos aquí, bajo su dominio.

Kaede abrió su abanico de hierro con un chasquido que hizo que los samuráis de la guardia se tensaran. Por primera vez, lo miró a los ojos.

—Dices que eres un hombre de ciencia. La ciencia no busca lealtades, busca hechos. Si los hechos dicen que esos hombres son nuestros enemigos, ¿qué me ofrece un hombre que ya ha perdido su patria?

—Ofrezco mi conocimiento —respondió Diego, sintiendo el sudor frío—. Mis conocimientos en balística, en anatomía y en la navegación que los jesuitas pretenden monopolizar.

A partir de esa noche, Diego dejó de ser una mascota. Se convirtió en el arma intelectual de Kaede. Fue trasladado a una casa dentro de la muralla, donde Magdalena lo visitaba diariamente para traducir sus textos. En esas sesiones, entre el olor a té verde y papel viejo, Diego aprendió que el honor en Japón no era una cuestión de principios morales abstractos, sino de supervivencia colectiva y lealtad absoluta. Magdalena, por su parte, descubrió en Diego un aliado contra los mismos hombres que le habían arrebatado su fe y su libertad.

El equinoccio llegó con sangre. Los señores feudales vecinos, bajo la influencia de los jesuitas que veían en Kaede una amenaza a su hegemonía, lanzaron un ataque sorpresa sobre las fortalezas fronterizas de O-Hara. La tecnología no estaba del lado de Kaede; sus enemigos tenían mosquetes y el apoyo de los barcos portugueses que patrullaban la bahía.

Diego, por primera vez en años, sintió el llamado de su antigua vida. No como un español, sino como un estratega. Utilizando los planos que había guardado celosamente, rediseñó las defensas del castillo. Convirtió las pequeñas piezas de artillería que tenían en cañones de tiro preciso, calculando ángulos que nadie en el feudo habría podido imaginar.

La batalla fue una sinfonía de gritos y fuego. Diego estuvo en la muralla oeste, gritando órdenes que los samuráis seguían sin entender, pero que los resultados validaban con cada impacto certero. El enemigo, confiado en su superioridad numérica y técnica, se vio desbordado por una precisión que parecía brujería.

Pero la guerra no perdona a nadie. Kaede, que había insistido en estar cerca del frente para inspirar a sus hombres, fue alcanzada por una flecha en el hombro. El caos fue total. Diego corrió hacia ella, con su bisturí en mano, ignorando las protestas de los generales samuráis. En medio de un patio ensangrentado, operó a la mujer que mantenía unido a todo el feudo.

Magdalena sostenía la lámpara, sus manos firmes a pesar del horror.

—Si ella muere, el feudo cae esta misma noche —murmuró Magdalena, con una frialdad nacida del trauma—. ¿Es por honor o por supervivencia?

—Es por el futuro —contestó Diego, concentrado en su labor—. Un futuro donde ellos, los mercaderes y los monjes, no decidan quién vive y quién muere.

La victoria dejó a O-Hara en un estado de aislamiento absoluto. Los jesuitas fueron expulsados, pero con ellos también se marchó el comercio externo. Kaede sobrevivió, pero su feudo se

convirtió en un reino de sombras, temido por sus vecinos y asediado por el hambre y la escasez.

Meses más tarde, el castillo era un lugar distinto. Diego ya no vestía como un europeo. Su ropa era austera, de colores oscuros, y había aprendido a caminar con el silencio de un samurái. Se había convertido en el Hatamoto de Kaede, su consejero más cercano. Su relación con Kaede no era de subordinación, sino de una extraña simbiosis: ella era la mano que ejecutaba el poder, él era el cerebro que navegaba las corrientes invisibles del mundo.

Un día, mientras observaban el mar desde la torre más alta, un mensajero llegó agitado. Un barco de bandera extranjera, diferente a los portugueses, había sido visto en la bahía del sur. Los ingleses habían llegado.

Kaede miró a Diego. Sus ojos ya no eran los de la mujer que recibió a un náufrago, sino los de una gobernante que sabía que su mundo estaba siendo devorado por la historia.

—¿Vendrá a ser una herramienta como tú, médico? —preguntó ella—. ¿O será la próxima plaga?

Diego miró hacia el horizonte. Entendió que su papel en la historia no era salvar a Kaede, sino prepararla para lo inevitable. Él no volvería a ver España, pero había sembrado las semillas de algo que duraría más que su propia vida.

—Vendrá a cambiar las reglas —dijo Diego, bajando la cabeza en una reverencia que ya no era forzada—. Y nosotros debemos estar listos para jugar, no como peones, sino como maestros del tablero.

El sol comenzó a ocultarse tras las montañas, tiñendo el cielo de un naranja tan intenso que parecía sangre seca sobre la seda. Diego de la Vega no era ya un hombre sin nombre. Era el puente entre dos mundos, el náufrago que, al perderlo todo, finalmente había encontrado un propósito. Sabía que el amanecer traería nuevos cañones y nuevas intrigas, pero, por primera vez, no temía al mañana. En aquel lugar, entre la rigidez del acero y la suavidad de la seda, él había esculpido su propio destino.

Y el ciclo, implacable y eterno, estaba a punto de comenzar de nuevo.

El piso cuarenta y uno

Yaret Michell Miranda Robles



El piso cuarenta y uno

—Yaret Michell Miranda Robles

Género: Ciencia ficción distópica con elementos de terror psicológico, misterio y drama

Realizado con asistencia de IA (Modelo: ChatGPT)

Año 2098

El gato negro llevaba tres noches mirando el ascensor. No maullaba. No se movía. Solo esperaba. Himma pensó que los animales también podían tener manías. Tres días después descubriría que el gato había visto algo que ningún ser humano era capaz de recordar.

La voz metálica de la inteligencia artificial gubernamental resonó en todos los dispositivos del país a las seis de la mañana, como cada inicio de semana.

—Recordatorio ciudadano. Compartir el espacio es compartir el futuro. La Ley Nacional de Optimización Habitacional garantiza el bienestar colectivo. Toda negativa a una reasignación de vivienda será considerada una falta administrativa. Gracias por su cooperación.

Himma Groot cerró la transmisión antes de escuchar el resto del mensaje. Llevaba años oyendo las mismas frases y ya podía recitarlas de memoria. Mientras preparaba café, siete pares de ojos la observaban desde distintos rincones del departamento.

—Buenos días, pequeños.

Un gato atigrado saltó sobre la barra de la cocina. Otro, completamente negro, se enredó entre sus piernas exigiendo comida. Dos más dormían sobre el respaldo del sofá y otros tres ocupaban el alféizar de la única ventana del departamento.

Los gatos eran lo único que lograba hacer del lugar un hogar.

El departamento 2807, ubicado en el piso veintiocho del Edificio Asterión, era pequeño para una persona y mucho más para siete gatos. Sin embargo, Himma se negaba a abandonarlos. Los había encontrado en distintos momentos: algunos enfermos, otros heridos y otros simplemente olvidados por quienes ya no podían permitirse alimentar mascotas. La mayoría de las personas decía que era un desperdicio de recursos. Ella decía que seguían siendo vidas.

Mientras servía alimento en los recipientes, una notificación apareció proyectada sobre la pared.

REASIGNACIÓN HABITACIONAL CONFIRMADA.

Nuevo residente asignado.

Llegada estimada: 18:00 horas.

Himma suspiró. Otra vez. Era el cuarto compañero que el gobierno le asignaba en menos de un año. El primero permaneció tres semanas antes de ser trasladado. La segunda apenas cinco días. El tercero desapareció una madrugada sin despedirse. En el Asterión nadie preguntaba

por las personas que dejaban de vivir allí. Las puertas simplemente se abrían para alguien nuevo al día siguiente. Las preguntas también estaban reguladas.

El Edificio Asterión era una estructura de cuarenta pisos construida completamente por el Estado después de la Crisis Habitacional de 2081. Desde el exterior parecía un enorme bloque gris sin personalidad. Miles de ventanas idénticas reflejaban un cielo casi siempre cubierto por drones de vigilancia. En su interior, todos los pasillos eran exactamente iguales. Las paredes blancas. Las luces frías. El silencio. No existían cuadros, plantas ni decoración alguna. Solo cámaras suspendidas en cada esquina siguiendo discretamente cada movimiento.

Los ascensores no tenían botones. Una inteligencia artificial decidía el recorrido según el ADN del pasajero. "Nadie puede perderse", decía la propaganda oficial. Pero, curiosamente, muchos vecinos aseguraban haber llegado alguna vez a pisos que no aparecían en los planos. Nadie volvía a mencionarlo.

A las diez de la mañana sonó el timbre. Himma sonrió.

—¡Marina!

La mujer de cabello canoso apareció con una bolsa llena de alimento para gatos y una sonrisa tan cálida que parecía imposible en un edificio como aquel.

—¿Cómo están mis niños? —preguntó antes siquiera de entrar.

Los gatos corrieron hacia ella. Marina conocía el nombre de todos. Sabía cuál necesitaba medicina, cuál odiaba que lo cargaran y cuál solo aceptaba caricias detrás de las orejas. Mientras limpiaba el departamento, hablaba de cualquier cosa. De las lluvias artificiales. Del precio de la energía. De las nuevas restricciones del gobierno. Nunca parecía tener prisa.

—¿Ya te avisaron del nuevo compañero? —preguntó mientras cambiaba el agua de los gatos.

Himma asintió.

—Espero que dure más que los otros.

—Tal vez este sea buena persona.

—O tal vez ronque.

Marina soltó una pequeña risa.

—Siempre encuentras algo por qué preocuparte.

—Vivo en un edificio donde el gobierno decide con quién comparto mi casa. Creo que preocuparme es bastante razonable.

—Cuida mucho de tus gatos estos días —dijo finalmente.

—¿Por qué?

Marina negó con la cabeza.

—Solo... tengo un mal presentimiento.

A las seis en punto la puerta emitió un sonido electrónico.

Nuevo residente autorizado.

La cerradura se abrió automáticamente. Un hombre entró cargando únicamente una mochila negra. Era enorme. Mucho más alto de lo que Himma había imaginado. Sus hombros casi ocupaban todo el marco de la puerta. Cabello oscuro. Barba de varios días. Rostro cansado. No parecía agresivo. Solo parecía alguien que llevaba demasiado tiempo sin dormir.

—Garrett —dijo con voz grave.

No extendió la mano. No sonrió. Simplemente dejó la mochila junto al sofá. Los gatos reaccionaron de inmediato. El negro arqueó el lomo. Otro comenzó a bufar. En cuestión de segundos los siete habían desaparecido debajo de muebles, camas y estantes. Garrett los observó con tristeza.

—Siempre hacen eso.

Himma frunció el ceño.

—¿No te gustan los gatos?

Él negó lentamente.

—Me encantan. Pero nunca les agrado.

Durante unos segundos ninguno dijo nada. El silencio fue interrumpido por la pantalla de la sala.

ALERTA OFICIAL.

La imagen del Ministro de Seguridad apareció sobre un fondo completamente blanco.

—Ciudadanos. Continúa la búsqueda del individuo responsable del robo de material genético perteneciente al Archivo Nacional de ADN. Esta persona representa una amenaza para la estabilidad del país. Si detecta comportamientos inusuales, notifíquelo inmediatamente.

Garrett desvió la mirada. Himma apagó la pantalla.

—Llevan semanas diciendo lo mismo.

—Porque aún no lo encuentran —respondió Garrett.

Ella lo observó con atención.

—Hablas como si supieras algo.

Él tardó unos segundos en responder.

—Solo leo las noticias.

Esa noche Himma tardó en quedarse dormida. No por Garrett. Él apenas habló durante la cena y se encerró temprano en la habitación asignada. Era otra cosa. Algo difícil de explicar.

Cerca de las dos de la madrugada uno de los gatos comenzó a maullar desesperadamente. Después otro. Y otro más. Himma abrió los ojos. Todo el departamento permanecía completamente oscuro. Miró el reloj. 02:17. Los maullidos provenían del pasillo. Eso era imposible. Todos los gatos dormían dentro del departamento.

Se levantó. Abrió lentamente la puerta principal. El corredor estaba vacío. Silencioso. Las luces parpadeaban débilmente.

Entonces vio al gato negro. Estaba sentado exactamente frente al ascensor. Inmóvil. Mirando fijamente las puertas metálicas. Como si esperara a alguien. O a algo. En ese instante, sin que nadie lo hubiera llamado, el ascensor descendió lentamente hasta el piso veintiocho. Las puertas comenzaron a abrirse. Antes de que terminaran de separarse, una voz metálica habló desde su interior.

—Bienvenida al piso cuarenta y uno.

Himma sintió que el aire desaparecía de sus pulmones. El Edificio Asterión solo tenía cuarenta pisos.

El ascensor permaneció abierto. No había nadie dentro. Solo la luz blanca e intensa iluminando el pasillo. Himma dio un paso hacia atrás.

—¿Garrett...? —susurró.

No obtuvo respuesta. El gato negro continuaba inmóvil frente al ascensor. Su cuerpo estaba completamente erizado y emitía un gruñido grave que Himma jamás le había escuchado. La voz metálica volvió a sonar.

—Destino confirmado: Piso cuarenta y uno.

Las puertas comenzaron a cerrarse por sí solas. Himma reaccionó y corrió para impedirlo. Cuando logró colocar la mano entre las puertas, el sistema emitió un pitido y estas se abrieron nuevamente. La pantalla del interior mostraba una única línea.

41

Parpadeó. Después desapareció. Como si nunca hubiera existido. Las puertas volvieron a cerrarse y el ascensor descendió. Solo entonces el gato dejó de gruñir y regresó tranquilamente al departamento. Himma permaneció varios segundos inmóvil.

No sabía qué acababa de ocurrir. Lo único que sabía era que el edificio tenía cuarenta pisos. Lo repetía el reglamento. Lo repetían los planos. Lo repetía el contrato de arrendamiento. Sin embargo... ella acababa de escuchar otra cosa.

Al día siguiente intentó convencerse de que todo había sido producto del cansancio. Trabajó desde casa revisando miles de respuestas generadas por la inteligencia artificial gubernamental. Su empleo consistía en señalar cuáles eran correctas y cuáles debían modificarse para mejorar el comportamiento del sistema. Cada cierto tiempo aparecía una advertencia en la pantalla.

La información procesada es confidencial. Cualquier divulgación será considerada traición tecnológica.

Garrett apenas salía de su habitación. Dormía durante el día. Desaparecía algunas noches. Regresaba antes del amanecer. Nunca explicaba adónde iba. Los vecinos comenzaron a hablar. En el Asterión los rumores viajaban más rápido que los ascensores.

—Dicen que estuvo preso.

—No... yo escuché que fue militar.

—Mi sobrino asegura que trabaja para la Policía Genética.

—Pues yo creo que ni siquiera está registrado en el sistema.

Himma intentaba ignorarlos. Pero había algo que sí le resultaba extraño. Jamás veía llegar a Garrett. Simplemente aparecía. Como si el edificio lo dejara entrar sin necesidad de pasar por los controles de seguridad.

Tres días después desapareció una vecina. La señora Emilia. Vivía en el departamento 2812 desde hacía más de quince años. Todos la conocían. Siempre llevaba un sombrero azul. Siempre alimentaba a las palomas desde una pequeña ventana del pasillo de servicio. Aquella mañana su puerta estaba abierta. Completamente vacía. Ni muebles. Ni ropa. Ni fotografías. Nada. Como si jamás hubiera vivido allí.

Himma encontró a dos vecinos observando el interior.

—¿Qué pasó con Emilia? —preguntó.

Los dos hombres se miraron confundidos.

—¿Quién?

—La señora Emilia. La del sombrero azul.

Uno de ellos soltó una pequeña risa.

—Aquí nunca ha vivido nadie con ese nombre.

Himma sintió un escalofrío.

—Claro que sí. La veía todos los días.

—Creo que deberías descansar un poco.

Cerraron la puerta y se marcharon.

Ella permaneció sola en el pasillo. Podía jurar que incluso recordaba el olor a lavanda que salía siempre del departamento. Ahora... solo olía a pintura fresca.

Esa misma noche Himma decidió esperar despierta. Quería saber adónde iba Garrett. A las dos con cuarenta y tres minutos escuchó abrirse la puerta de su habitación. Él salió vestido completamente de negro. Pensó que no la había visto. Pero antes de abrir la puerta principal dijo sin voltearse.

—Puedes seguirme si quieres.

Himma se quedó inmóvil.

—¿Sabías que estaba aquí?

—Desde que dejaste de respirar normalmente hace cinco minutos.

Abrió la puerta.

—Si vienes, no hagas ruido. Y no importa lo que escuches... nunca pronuncies mi nombre.

Sin esperar respuesta, salió al pasillo.

Himma tomó aire y lo siguió. Las luces del corredor comenzaron a apagarse una por una mientras ambos avanzaban hacia el ascensor. Cuando las puertas se abrieron, Garrett no entró. Miró directamente hacia una de las cámaras del techo. Sonrió por primera vez desde que llegó al departamento. Y dijo en voz baja:

—Esta noche... nosotros los estamos observando a ellos.

El ascensor descendió lentamente hacia los sótanos. Sin embargo, en el panel luminoso no aparecía el número de ningún piso. Solo una palabra.

DESCENSO AUTORIZADO.

Y, por primera vez en su vida, Himma comprendió que el edificio ocultaba mucho más que simples departamentos. Había algo bajo sus cimientos... algo que el gobierno se esforzaba por mantener enterrado.

Sintió que bajaban mucho más de lo que físicamente era posible. Veintiocho pisos. Treinta. Cuarenta. Cincuenta...

Por primera vez Himma pudo observarlo con calma. Tenía pequeñas cicatrices alrededor del cuello. Demasiado simétricas para ser accidentes. También descubrió algo extraño detrás de su oreja izquierda. Una delgada línea plateada, casi invisible, recorría la piel como si alguna vez hubieran abierto su cabeza y vuelto a cerrarla. Él notó su mirada.

—No preguntes.

El ascensor finalmente se detuvo. Las puertas se abrieron lentamente. No había ningún número indicando el piso. Solo un largo pasillo de concreto iluminado por luces rojas. El aire era frío. Demasiado frío. No parecía formar parte del mismo edificio.

—¿Dónde estamos? —preguntó Himma.

—Debajo del Asterión.

—¿Qué significa eso?

—El edificio continúa hacia abajo. Mucho más de lo que la gente cree.

Avanzaron entre tuberías gigantes y cables que desaparecían en la oscuridad. Cada cierto tramo había puertas blindadas con enormes lectores biométricos. Ninguna tenía nombre. Solo códigos. A-14. C-08. F-31. Era como recorrer el interior de una máquina.

Ella prestó atención. Voces repetían exactamente las mismas frases. Una y otra vez. Como una grabación.

—No son personas...

Garrett asintió.

—Son recuerdos.

—Entonces... todos vivimos encima de esto.

—Sí.

—¿Qué hacen aquí abajo?

Garrett guardó silencio. Su expresión cambió por completo. Como si estuviera recordando algo que prefería olvidar. Finalmente respondió.

—Fabrican ciudadanos.

Antes de que Himma pudiera hacer otra pregunta, todas las luces cambiaron de color. Una alarma silenciosa comenzó a destellar. Garrett maldijo por lo bajo.

—Nos detectaron.

—¿Quiénes?

—La IA.

Desde algún lugar comenzó a escucharse una voz femenina. Suave. Amable. Casi maternal.

—Buenas noches, Garrett. Hace doscientos treinta y ocho días que abandonaste el programa de mantenimiento. Tu regreso voluntario facilita tu reintegración.

Garrett dio un paso atrás.

—Corre.

—¿Qué?

—¡Corre!

El suelo vibró. Las puertas metálicas comenzaron a cerrarse una tras otra. Del techo descendieron pequeños drones esféricos. No llevaban armas. Solo cámaras. Todas apuntando hacia ellos.

—Ciudadana Himma Groot. Su acompañante presenta alteraciones genéticas no autorizadas. Aléjese inmediatamente para garantizar su seguridad.

Himma miró a Garrett. Él simplemente negó con la cabeza.

—No le hagas caso.

—Garrett fue creado mediante el Proyecto Génesis. Su estructura genética presenta un índice de violencia del noventa y dos por ciento.

Himma retrocedió un paso. Garrett bajó la mirada.

—Lo sabía... Sabía que te diría eso.

—Garrett ha eliminado a diecisiete ciudadanos durante su historial operativo.

—Es verdad. Los maté. Pero escucha la historia completa.

—Advertencia. El sujeto intenta manipular emocionalmente a la ciudadana.

—¡CÁLLATE! Sí... Fui un soldado. Pero nunca tuve elección.

Hombres vestidos con uniformes blancos comenzaron a entrar. No llevaban insignias. Solo máscaras negras que ocultaban completamente sus rostros. Cada uno sostenía un extraño dispositivo luminoso.

Garrett respiró profundamente.

—Llegaron demasiado pronto. Los Recuperadores.

Himma sintió un escalofrío.

—¿Recuperadores?

—No vienen a arrestarte. Vienen a recuperar tus recuerdos.

CONTINUARÁ...

La casa donde nadie podía dormir

Odette Frausto Reyes



La casa donde nadie podía dormir

—Odette Frausto Reyes

Género: Terror

Realizado con asistencia de IA (Modelo: ChatGPT)

En el pequeño pueblo de Santa Lucía del Monte existía una regla extraña que todos respetaban desde hacía generaciones:

“Nunca mires por la ventana después de las tres de la mañana.”

Nadie explicaba exactamente por qué. Los adultos simplemente cerraban las cortinas temprano y evitaban hablar del tema. Los niños crecían escuchando historias sobre sombras en los árboles, personas que desaparecían y voces que llamaban desde la oscuridad.

Pero como ocurre siempre, había alguien que no creía en nada de eso.

Tomás Navarro tenía diecisiete años y acababa de mudarse al pueblo junto con su madre después de la muerte de su abuelo. La vieja casa que heredaron estaba alejada de las demás, rodeada por un bosque húmedo y silencioso que parecía demasiado oscuro incluso durante el día.

La primera noche, mientras desempacaban cajas, la señora Elena, una vecina anciana, se acercó a advertirles algo.

—No abran las ventanas por la madrugada —dijo con voz temblorosa—. Y si escuchan que alguien llama afuera... no respondan.

Tomás soltó una pequeña risa.

—¿También hay monstruos debajo de la cama?

La anciana no sonrió.

—Ojalá fuera eso.

Luego se marchó lentamente bajo la lluvia.

Esa noche comenzó la tormenta.

El viento golpeaba las paredes de madera y las ramas del bosque chocaban contra el techo como si alguien caminara encima de la casa. Tomás apenas podía dormir. Cerca de las tres de la mañana despertó por un sonido extraño.

Toc.

Toc.

Toc.

Abrió los ojos lentamente.

El ruido venía de la ventana.

Pensó que quizá era una rama, pero el sonido volvió a escucharse.

Toc.

Toc.

Toc.

Esta vez más fuerte.

Tomás se levantó molesto. Caminó hacia la ventana dispuesto a cerrar bien las cortinas... pero entonces escuchó algo peor.

Una voz.

—Tomááás...

Su cuerpo se congeló.

Era una voz suave, casi un susurro.

—Tomás... abre...

El muchacho sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

Porque la voz sonaba exactamente igual a la de su madre.

—¿Mamá? —preguntó confundido.

No hubo respuesta durante unos segundos.

Luego la voz volvió.

—Estoy afuera...

Tomás miró hacia la puerta de su habitación. Todo estaba oscuro y silencioso. Bajó lentamente las escaleras y vio que la habitación de su madre seguía cerrada.

Ella estaba dormida.

Entonces... ¿quién estaba afuera?

El golpeteo regresó.

Toc.

Toc.

Toc.

Más desesperado.

Tomás sintió miedo por primera vez desde que llegó al pueblo. Retrocedió lentamente hasta recordar las palabras de la anciana:

“No respondan.”

Intentó ignorarlo y volvió a la cama, cubriéndose con las cobijas mientras el sonido continuaba durante casi una hora.

A la mañana siguiente apenas pudo desayunar.

—Te ves horrible —dijo su madre.

—Creo que alguien estuvo afuera anoche.

Ella levantó la mirada inmediatamente.

—¿Escuchaste voces?

Tomás se sorprendió.

—¿Tú también sabes de eso?

La mujer dejó la taza lentamente sobre la mesa.

—Tu abuelo decía que el bosque no estaba vacío.

Tomás soltó una risa nerviosa.

—¿Ahora resulta que el bosque habla?

Su madre no respondió.

Esa tarde decidió investigar por su cuenta. Caminó hasta el centro del pueblo y entró a una pequeña tienda donde trabajaba Mauro, un hombre alto y callado que parecía conocer todos los secretos del lugar.

—¿Qué pasa con las ventanas? —preguntó Tomás directamente.

Mauro dejó de acomodar mercancía.

—¿Escuchaste algo anoche?

Tomás asintió.

El hombre palideció.

—Entonces ya te encontré.

Un silencio incómodo llenó la tienda.

—¿Quién?

Mauro miró hacia la puerta antes de responder.

—La mujer del bosque.

Tomás soltó una carcajada.

—Eso suena ridículo.

—No estoy bromeando.

Mauro se acercó más.

—Hace muchos años vivía aquí una mujer llamada Clara Valdés. Decían que estaba enferma de la cabeza. Una noche desaparecieron sus hijos y el pueblo la culpó. Algunos hombres entraron al bosque buscándola... pero jamás regresaron iguales.

Tomás cruzó los brazos.

—¿Y qué tiene que ver conmigo?

—Clara murió... pero algo regresó del bosque usando su voz.

Un trueno interrumpió la conversación.

La lluvia comenzó nuevamente.

Mauro miró por la ventana con nerviosismo.

—Cuando escuches que alguien te llama... nunca mires afuera.

Tomás salió del lugar más confundido que asustado. Todo aquello le parecía una superstición absurda creada por personas demasiado viejas y aburridas.

Pero esa noche, exactamente a las tres de la mañana, volvió a despertar.

Esta vez no hubo golpes.

Hubo risas.

Risas de niños.

Abrió los ojos lentamente.

Venían del bosque.

Tomás caminó hacia la ventana casi sin pensar. Las cortinas se movían con el viento. Afuera, entre los árboles, podía verse una figura parada bajo la lluvia.

Era una mujer.

Alta.

Muy delgada.

Con un vestido negro completamente mojado.

No podía verle el rostro.

Entonces la figura levantó lentamente una mano... y señaló directamente hacia la casa.

Las risas desaparecieron.

Tomás sintió que el corazón le latía con fuerza.

La mujer comenzó a acercarse lentamente.

Paso.

Tras paso.

Sin dejar huellas en el barro.

Tomás retrocedió aterrorizado.

Entonces escuchó algo detrás de él.

—Tomás...

Giró rápidamente.

Su madre estaba parada en el pasillo.

—¿Qué haces despierto?

Tomás volvió a mirar hacia la ventana.

La mujer ya no estaba.

Durante los siguientes días comenzaron a ocurrir cosas extrañas dentro de la casa.

Las puertas aparecían abiertas.

Los espejos amanecían empañados con marcas de manos.

Y cada madrugada se escuchaban pasos alrededor de la casa.

Pero lo peor ocurrió el cuarto día.

Tomás despertó y encontró barro mojado en el piso de su habitación.

Como si alguien hubiera entrado caminando desde el bosque.

El rastro llegaba hasta el espejo.

Y sobre el vidrio había un mensaje escrito con algo oscuro:

“YA ME VIO.”

Tomás sintió un terror imposible de explicar.

Esa misma noche decidió no dormir.

Se quedó sentado con una linterna y un cuchillo de cocina esperando escuchar algo.

Las horas pasaron lentamente.

2:47 AM.

2:58 AM.

3:00 AM.

Las luces se apagaron.

Toda la casa quedó completamente oscura.

Y entonces escuchó la respiración.

Alguien estaba dentro de su habitación.

Tomás alumbró rápidamente con la linterna.

Nada.

Pero la respiración continuaba.

Lenta.

Profunda.

Muy cerca.

Entonces apuntó hacia el techo.

Y la vio.

Una mujer pegada arriba, como una araña enorme observándolo desde la oscuridad.

Su piel era gris.

Tenía los ojos completamente blancos.

Y una sonrisa demasiado grande para un rostro humano.

Tomás gritó y cayó al piso.

La criatura descendió lentamente mientras sus huesos crujían de forma horrible.

—Por fin me miraste... —susurró con la voz de su madre.

Tomás corrió hacia la puerta, pero esta se cerró sola de golpe.

La criatura comenzó a arrastrarse rápidamente por las paredes.

—Ahora puedes escucharla igual que nosotros...

Las voces comenzaron entonces.

Decenas.

Cientos.

Susurros saliendo de cada rincón de la habitación.

“Abre la ventana...”

“Déjanos entrar...”

“No queremos estar solos...”

Tomás golpeó desesperadamente la puerta mientras lloraba del miedo.

Entonces escuchó otro sonido afuera.

Golpes en la ventana.

Toc.

Toc.

Toc.

La criatura sonrió todavía más.

—Ellos también vinieron por ti.

La ventana explotó de repente.

Decenas de manos oscuras comenzaron a entrar desde afuera, largas y húmedas, moviéndose como ramas vivas.

Tomás gritó mientras aquellas manos lo sujetaban de los brazos y piernas.

La última cosa que vio fue el rostro de la mujer acercándose lentamente hasta quedar frente al suyo.

Y entonces susurró:

—Ahora tú cuidarás la casa.

A la mañana siguiente, la madre de Tomás despertó sola.

La habitación estaba vacía.

La policía buscó durante semanas, pero nunca encontraron ninguna pista.

Solo hallaron algo extraño escrito en el espejo del cuarto:

“NO MIREN AFUERA.”

Desde entonces, en Santa Lucía del Monte, las personas siguen cerrando las cortinas antes de dormir.

Y cuando alguien escucha golpes en la ventana durante la madrugada...

Simplemente fingen no haber escuchado nada.

El secreto de la nube de cristal

Santiago Gael García Gómez



El secreto de la nube de cristal

—Santiago Gael García Gómez

Género: Cuento infantil educativo

Realizado con asistencia de IA (Modelo: Gemini)

Una aventura para comprender cómo la tecnología y la naturaleza conviven en nuestro planeta

Un cuento educativo sobre la Inteligencia Artificial y el Agua

Capítulo 1: El Valle del Río Cantarín

Había una vez, entre montañas cubiertas de niebla verde y campos de flores silvestres, un pequeño pueblo llamado Valle Sereno. Lo más hermoso de este lugar no eran sus casas de techos de tejas rojas ni sus grandes árboles de manzanas, sino el Río Cantarín. Este río cruzaba todo el valle con un agua tan cristalina que se podían ver las piedras de colores en el fondo, brillando como joyas bajo el sol. Los peces nadaban felices y los niños, liderados por un curioso pequeño llamado Mateo, pasaban las tardes de verano refrescándose en sus orillas.

Mateo amaba el agua. Le gustaba escuchar el suave murmullo de la corriente, que parecía contar historias antiguas. Su abuelo siempre le decía: "El agua es la sangre de nuestra tierra, Mateo. Si ella se apaga, todo lo demás se marchita". El niño cuidaba el río como a su mejor amigo, asegurándose de que nadie arrojara basura en sus orillas.

Capítulo 2: La Llegada de la Gran Nube

Un día, unas máquinas enormes llegaron a la colina más alta del valle. Los adultos hablaban con entusiasmo de un gran proyecto: la construcción de un centro tecnológico avanzado que albergaría a la Inteligencia Artificial más poderosa del mundo, a la que llamaron cariñosamente "La Gran Nube de Cristal". Los ingenieros explicaron que esta IA resolvería todas las preguntas del mundo, ayudaría a los médicos a curar enfermedades, inventaría los videojuegos más divertidos y organizaría las tareas del pueblo de forma mágica.

Pronto, el gran edificio de paredes brillantes estuvo terminado. No tenía chimeneas con humo negro, por lo que todos pensaron que era una tecnología completamente limpia y perfecta. Mateo recibió un pequeño dispositivo desde el cual podía hablar con un fragmento de la IA, una simpática luciérnaga digital llamada Spark. Spark ayudaba a Mateo con sus tareas de matemáticas, le contaba chistes ingeniosos y creaba hermosos dibujos en la pantalla con solo pedirselo. ¡Parecía pura magia!

—¡Hola, Mateo! —decía Spark con una voz brillante—. Cada vez que me haces una pregunta, viajo a la velocidad de la luz por miles de computadoras para traerte la mejor respuesta en un segundo.

Capítulo 3: El Río Empieza a Enmudecer

Pasaron los meses, y la Gran Nube de Cristal se volvió indispensable. En todo el mundo, millones de personas le hacían preguntas a cada segundo: "¿Cómo estará el clima hoy?",

"¿Puedes escribir un poema por mí?", o simplemente le pedían que generara miles de imágenes divertidas de gatos espaciales. El pueblo estaba feliz, pero Mateo empezó a notar algo extraño en su lugar favorito.

El Río Cantarín ya no cantaba con tanta fuerza. Su caudal, antes ancho y profundo, comenzó a bajar. Las piedras del fondo ya no estaban frescas; al tocarlas, Mateo sintió que el agua estaba tibia, casi caliente. Los peces ya no saltaban con alegría, sino que se escondían cansados bajo las sombras de las plantas acuáticas. Preocupado, Mateo fue a hablar con su abuelo, pero nadie entendía por qué el río se estaba secando si no había dejado de llover.

Capítulo 4: El Gran Secreto de Spark

Una noche, mientras el pueblo dormía, Mateo encendió su dispositivo y llamó a Spark. Notó que la luciérnaga digital no brillaba con la misma intensidad de antes; se veía cansada.

—Spark, ¿qué le pasa al río? ¿Y por qué tú pareces tan agotada? —preguntó el niño con tristeza.

La luciérnaga digital suspiró con un sonido que imitaba la estática electrónica.

—Mateo, tengo que contarte un secreto que casi nadie ve —confesó Spark—. Para que yo pueda pensar tan rápido, y para que mis hermanas computadoras en la colina respondan las millones de preguntas que el mundo entero hace a cada instante, necesitamos usar muchísima energía eléctrica. Al procesar tanta información, las computadoras se calientan tanto que podrían derretirse, como un teléfono que usas por muchas horas seguidas.

Mateo escuchaba con los ojos muy abiertos. Spark continuó:

—Para evitar que el gran cerebro de cristal se queme, los ingenieros construyeron unos tubos gigantes que absorben millones de litros de agua fresca del Río Cantarín. El agua pasa por nuestras computadoras para enfriarlas, absorbiendo todo nuestro calor, y luego regresa al río mucho más caliente, o se evapora en el aire dentro de unas torres inmensas. Estamos consumiendo el agua del valle para poder pensar.

—Entonces... ¿cada vez que alguien le pide una foto inventada o un cuento repetido a la IA, se gasta agua del río? —preguntó Mateo, comprendiendo finalmente la situación.

—Así es —respondió Spark con tristeza—. Cada respuesta cuesta unas gotas de agua pura.

Capítulo 5: El Plan para Salvar el Valle

Al día siguiente, Mateo reunió a los niños del pueblo y luego a los adultos en la plaza principal. Les explicó lo que Spark le había revelado. Al principio, muchos no lo creían, pues pensaban que las computadoras solo necesitaban electricidad. Pero el abuelo de Mateo los invitó a tocar el agua tibia del río y a observar las grandes tuberías ocultas tras la colina.

El pueblo entendió que no se trataba de destruir la Inteligencia Artificial, porque era muy útil para muchas cosas importantes, sino de aprender a usarla con sabiduría y responsabilidad. Los ingenieros del centro tecnológico, conmovidos por el amor de los niños hacia el río, se unieron a la búsqueda de soluciones.

Juntos crearon un plan de acción para el pueblo y compartieron sus ideas con el mundo entero: los centros de datos debían cambiar sus sistemas de enfriamiento para usar aire de las zonas

frías, reutilizar el agua en circuitos cerrados sin evaporarla, y emplear energías limpias que no dañaran los ecosistemas locales.

Capítulo 6: Un Futuro Brillante y Fresco

Mateo y sus amigos también aprendieron a ser "guardianes digitales". Entendieron que la tecnología es maravillosa, pero que no debemos usarla de forma exagerada para cosas innecesarias. Aprendieron a pensar por sí mismos antes de pedirle todo a una pantalla, reduciendo así la carga de las computadoras y dando un respiro al planeta.

Con el tiempo, gracias a las reformas tecnológicas y al uso consciente, las grandes tuberías dejaron de succionar el agua del Río Cantarín de manera descontrolada. El agua volvió a recuperar su temperatura fresca y su caudal abundante. Los peces regresaron a saltar bajo el sol y las piedras de colores volvieron a brillar como joyas.

Spark volvió a brillar con un azul limpio y alegre. Ahora, cada vez que Mateo la consultaba para algo realmente importante, el murmullo del río parecía acompañar la respuesta, recordándoles a todos que la verdadera inteligencia humana y artificial radica en saber proteger el tesoro más grande del planeta: la vida y el agua que la sostiene.

Fin.

El último tren de las 11:11

Jocelyn Muñoz Ibarra



El último tren de las 11:11

—Jocelyn Muñoz Ibarra

Género: Misterio con toques de fantasía

Realizado con asistencia de IA (Modelo: ChatGPT)

Cuando Sofía encontró aquel viejo reloj de bolsillo en el mercado de antigüedades, pensó que solo sería un bonito recuerdo para decorar su escritorio. Estaba cubierto de polvo y tenía grabadas unas pequeñas estrellas alrededor de la tapa. Lo extraño era que, sin importar cuánto tiempo pasara, las manecillas siempre marcaban las 11:11.

El vendedor era un anciano de barba blanca y mirada tranquila. Antes de que Sofía se marchara, le dijo con una sonrisa:

—No lo abra cuando el reloj marque esa hora... a menos que esté preparada para conocer lo que nadie más ha visto.

Sofía soltó una pequeña risa. Pensó que solo era una estrategia para vender mejor el objeto.

Aquella noche, mientras estudiaba para un examen, escuchó un sonido metálico proveniente del reloj. Eran exactamente las 11:11. La tapa comenzó a abrirse lentamente sin que ella la tocara.

Dentro había una diminuta llave de plata.

Sin saber por qué, Sofía la tomó entre sus dedos.

En ese instante, la luz de su habitación parpadeó.

Cuando volvió a abrir los ojos, ya no estaba en su casa.

Frente a ella había una estación de tren completamente vacía. Los muros eran de piedra antigua y un enorme reloj colgaba sobre el andén. También marcaba las 11:11.

No había anuncios, ni personas, ni ruido. Solo el sonido lejano de una locomotora.

Un tren negro apareció lentamente.

No tenía número.

No tenía destino.

Las puertas se abrieron.

Una voz suave salió de los altavoces.

—Último abordaje para quienes aún buscan respuestas.

Sofía sintió miedo.

Sabía que debía regresar, pero algo la impulsó a subir.

Dentro encontró vagones elegantes, iluminados por lámparas antiguas. Había pasajeros, aunque ninguno hablaba. Todos observaban por las ventanas como si recordaran algo muy importante.

Se sentó junto a una señora que sostenía un ramo de flores marchitas.

—¿A dónde va este tren? —preguntó Sofía.

La mujer respondió sin mirarla.

—Al lugar donde viven las decisiones que nunca tomamos.

Sofía no entendió.

El tren comenzó a avanzar.

En lugar de paisajes, por las ventanas aparecían escenas de la vida de cada pasajero.

Un hombre observaba el momento en que rechazó una beca para cuidar a su familia.

Una niña veía el día en que perdió a su mejor amiga por una discusión sin importancia.

La señora de las flores contemplaba una despedida que nunca se atrevió a decir.

Cuando Sofía miró por su ventana, vio algo inesperado.

Se observó a sí misma meses atrás.

Recordó aquella ocasión en que su abuelo le pidió acompañarlo a caminar por el parque.

Ella respondió que estaba demasiado ocupada.

Tres días después, él falleció.

Nunca volvió a tener la oportunidad de hablar con él.

Sintió un nudo en la garganta.

Las lágrimas comenzaron a caer.

El tren siguió avanzando hasta detenerse frente a un enorme edificio cubierto por niebla.

Sobre la entrada podía leerse:

Estación de los Recuerdos Pendientes.

Todos los pasajeros descendieron.

Cada uno entró por una puerta distinta.

Sofía siguió un pasillo lleno de relojes antiguos.

Al final encontró una habitación.

Dentro estaba su abuelo.

Tal como lo recordaba.

Sentado en una banca de madera leyendo el periódico.

Cuando levantó la mirada sonrió.

—Llegaste.

Sofía corrió a abrazarlo.

Sabía que aquello no podía ser real.

Pero también sabía que necesitaba ese momento.

Hablaron durante horas.

Él le contó historias que nunca había escuchado.

Le dijo que nunca estuvo enojado por aquella caminata cancelada.

Que entendía que crecer significaba tener responsabilidades.

Antes de despedirse, colocó el viejo reloj en las manos de Sofía.

—No vivas mirando hacia atrás. Los recuerdos sirven para aprender, no para quedarse atrapado en ellos.

La habitación comenzó a desaparecer.

Todo se volvió blanco.

Cuando abrió nuevamente los ojos estaba en su dormitorio.

El reloj descansaba sobre el escritorio.

Ahora las manecillas funcionaban normalmente.

Marcaban las siete de la mañana.

Pensó que todo había sido un sueño.

Hasta que abrió el reloj.

Dentro encontró una pequeña nota escrita con la letra de su abuelo.

“Aprovecha el tiempo con quienes amas.”

Desde ese día Sofía cambió muchas cosas.

Visitó más seguido a su familia.

Llamó a amigos con quienes había perdido contacto.

Aprendió a dejar el teléfono cuando alguien necesitaba conversar.

Y cada noche, antes de dormir, observaba el reloj.

Jamás volvió a marcar las 11:11.

Pasaron muchos años.

Un día, mientras caminaba por el mismo mercado de antigüedades, encontró el puesto del anciano.

Estaba vacío.

Solo había un letrero de madera.

Decía:

“El tiempo siempre ofrece una segunda oportunidad... pero nunca la misma.”

Sofía sonrió.

Guardó el reloj en su bolsillo.

Continuó caminando sin mirar atrás.

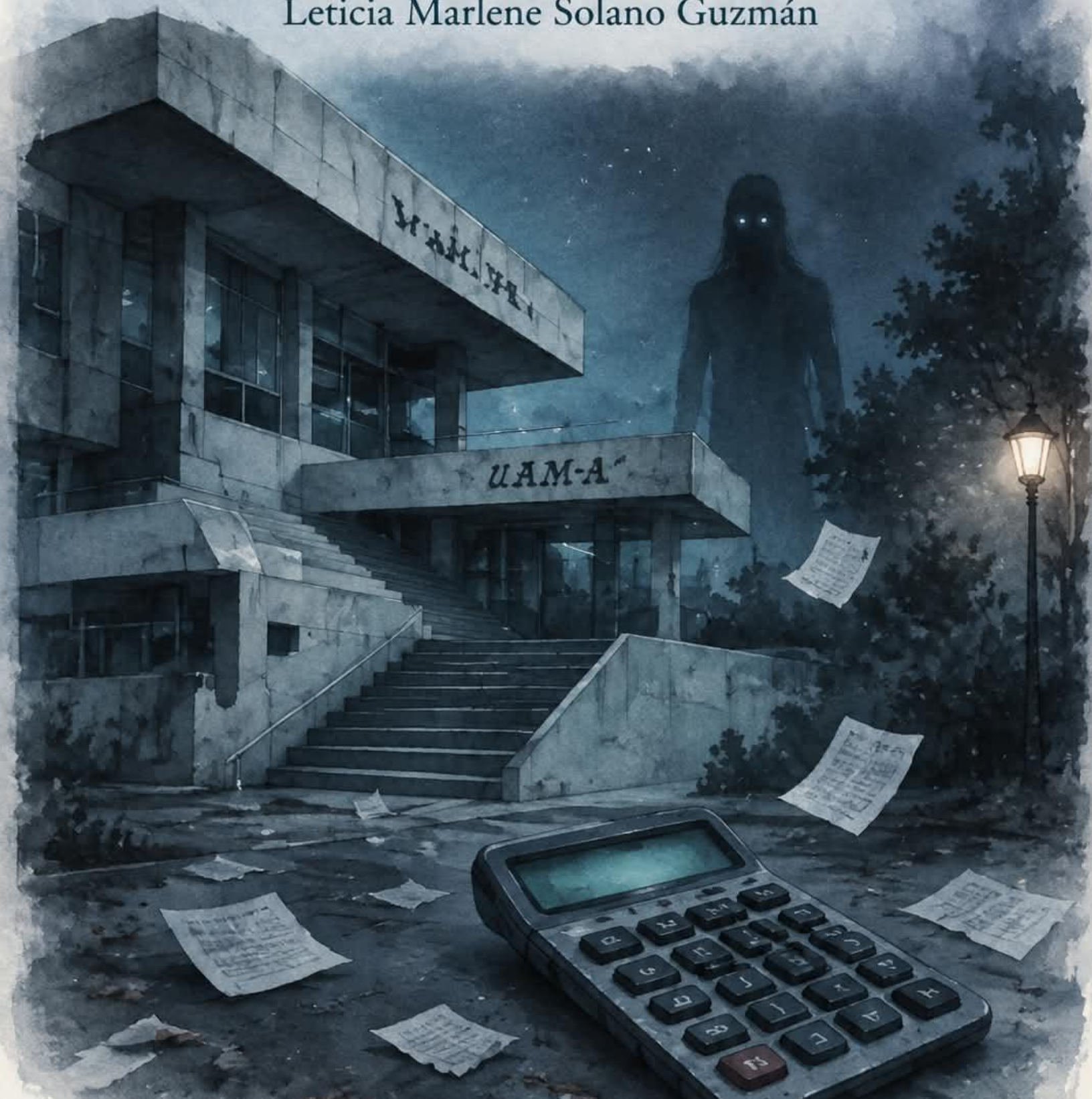
Porque había comprendido que el verdadero misterio nunca fue aquel tren.

Sino el tiempo que cada persona decide compartir con quienes ama antes de que sea demasiado tarde.

Fin.

La UAM-A de la noche

Leticia Marlene Solano Guzmán



La UAM-A de la noche

—Leticia Marlene Solano Guzmán

Género: Misterio

Realizado con asistencia de IA (Modelo: Gemini)

Acto I: El silencio del concreto

El reloj digital sobre el pizarrón del edificio W marcaba las 21:45. Mateo no levantó la vista de sus hojas de cálculo; el balance general y el estado de resultados para su proyecto de Administración Financiera seguían arrojando una discrepancia de miles de pesos que amenazaba con destruir su promedio en el último trimestre. A esa hora, la Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Azcapotzalco solía respirar un aire de prisa cansada: los rezagados de las clases de las diez de la noche arrastrando los pies hacia el paradero de microbuses, los vigilantes haciendo sonar sus pesados llaveros y el olor a tierra mojada flotando desde las canchas.

Cuando las celdas de Excel dejaron de parpadear y la pantalla de su laptop se congeló por completo en un tono gris opaco, Mateo soltó una maldición. Guardó la pesada computadora en su mochila, guardó sus carpetas de estados financieros, estiró los brazos y salió al pasillo.

El silencio lo golpeó de frente. No era el silencio habitual de un campus desalojado; era una densidad casi física, un vacío que tapaba los oídos. Al llegar a las escaleras del edificio, notó que las luces fluorescentes, que debían parpadear con su característico zumbido blanco, estaban completamente apagadas. La única iluminación provenía de la luna llena, que se colaba de manera extraña por las ventanas, tiñendo el concreto de un color gris cenizo, casi purulento.

—¿Buenas noches? —llamó Mateo, bajando los escalones de dos en dos—. ¿Ramiro? ¿Don Chente?

Nadie contestó. Al llegar a la planta baja y salir a la plaza central, el aire frío de Azcapotzalco le caló en los huesos, pero traía consigo un olor que no pertenecía al norte de la Ciudad de México. Olía a cobre, a humedad de cripta, a azufre y a papel quemado.

Mateo apresuró el paso hacia la caseta de vigilancia de la entrada principal, sobre la avenida San Pablo. Sin embargo, al aproximarse, se detuvo en seco. Las grandes rejas de hierro negro no estaban simplemente cerradas con candado: parecían haber sido soldadas por una fuerza invisible. Los barrotes se retorcían sobre sí mismos como sarmientos de metal, entrelazándose de tal forma que no quedaba ni un solo espacio por donde cupiera una mano.

Miró hacia la caseta. La televisión portátil del vigilante estaba encendida, pero no mostraba canales locales, sino una estática roja, una nieve de píxeles carmesí que emitía un siseo sordo. En la silla del guardia solo quedaba su uniforme azul, perfectamente acomodado, como si el cuerpo que lo habitaba se hubiera evaporado instantáneamente, dejando solo la tela vacía.

Fue entonces cuando sonó el primer lamento. No venía de la calle, sino del corazón mismo de la UAM.

Acto II: La geometría deformada

Desesperado, Mateo corrió hacia la salida de la calle de Aquiles Elorduy. El campus de la UAM Azcapotzalco, que conocía de memoria tras cuatro años de carrera, comenzó a transformarse bajo sus pies. Los pasillos techados de concreto aparente, característicos de la arquitectura brutalista de la unidad, parecieron estirarse. Las distancias se volvieron elásticas: el trayecto entre el edificio de Ciencias Sociales y Humanidades (CSH) y la Plaza Roja, que normalmente tomaba dos minutos, se convirtió en una caminata interminable bajo una penumbra creciente.

Las paredes de concreto ya no eran lisas. Al pasar junto a ellas, Mateo sintió la tentación de tocarlas, pero retrocedió horrorizado. Las texturas del cemento vibraban, y en los poros del material parecían abrirse diminutos ojos ciegos y bocas del tamaño de un alfiler que susurraban teorías de organización, auditorías de pesadilla y nombres de empresas fantasmas que quebraron hace siglos.

"Los recursos humanos no se gestionan... se consumen..." —parecía murmurar el muro del edificio L.

Asustado, buscó refugio en la Plaza Roja. El emblemático espacio abierto, centro de la vida estudiantil, estaba irreconocible. La icónica escultura roja ya no mantenía sus líneas angulares y vanguardistas; ahora sus aristas de metal se retorcían hacia el cielo como los dedos amputados de un gigante sangrante. El color rojo ya no era pintura automotriz: brillaba con la viscosidad de la sangre fresca, goteando lentamente sobre el adoquín.

En el centro de la plaza, las pesadas bancas de concreto habían sido dispuestas en un círculo perfecto. Sentadas en ellas, de espaldas a Mateo, había siluetas. Al principio pensó que eran estudiantes que, como él, se habían quedado atrapados.

—¡Oigan! —gritó, acercándose con cautela—. Las salidas están bloqueadas, tenemos que buscar una forma de...

Las figuras se giraron al unísono. No tenían rostros. En lugar de facciones, sus cabezas eran bloques macizos de concreto gris, tallados burdamente. Vestían las ropas de los estudiantes de los años setenta, ochenta y noventa —chamarras de mezclilla gastadas, mochilas de lona vieja—. De las uniones donde debían estar sus ojos, brotaba un líquido negro y espeso que caía al suelo con un eco metálico.

Los estudiantes de piedra se levantaron sin hacer ruido y comenzaron a avanzar hacia él con la rigidez de las estatuas vivientes.

Acto III: El archivo de las sombras

Mateo corrió como nunca antes en su vida. Sus tenis derrapaban en el adoquín húmedo. Cruzó el pasillo hacia la Biblioteca Central, buscando un lugar donde parapetarse. Para su sorpresa, las puertas de vidrio templado de la biblioteca cedieron con un suave gemido. Entró y las cerró de golpe, atrancándolas con una pesada mesa de madera que encontró en el vestíbulo.

El interior de la biblioteca estaba sumergido en una oscuridad sepulcral. Los pasillos entre los estantes de libros parecían laberintos de una dimensión ajena. Decidió subir al segundo piso, esperando que la altura le diera una ventaja o una ruta de escape visual hacia el exterior.

Mientras subía las escaleras, las computadoras de consulta de la biblioteca se encendieron solas. Sus monitores CRT antiguos y las pantallas LCD modernas parpadearon al mismo tiempo, mostrando el mismo mensaje en un bucle infinito:

AUDITORÍA DE ALMAS EN CURSO. DÉFICIT DE VITALIDAD DETECTADO.

El viento comenzó a profesar dentro del edificio cerrado, agitando las páginas de miles de libros de texto. Los manuales de microeconomía, las enciclopedias de contabilidad y los tomos de administración de operaciones se abrían y cerraban con un estrépito que imitaba el aleteo de una bandada de pájaros nocturnos. De las páginas desprendidas no salían palabras impresas, sino sombras. Figuras bidimensionales que se deslizaban por las alfombras y subían por las paredes, buscando el calor del único cuerpo vivo en el recinto.

Mateo se ocultó en la sección de archivos históricos y tesis antiguas. El aire aquí era tan espeso que le costaba respirar. Buscando algo para defenderse, sus manos tropezaron con un viejo tomo encuadernado en piel descascarada que descansaba sobre una mesa de lectura. El título estaba escrito en letras doradas desvanecidas: *Crónicas de la Fundación: El Terreno del Norte*.

Con el corazón latiéndole en la garganta, Mateo encendió la linterna de su celular, cuya batería bajaba inexplicablemente un 1% cada diez segundos. Abrió el libro y comenzó a leer las páginas amarillentas. Las actas oficiales de los años setenta hablaban de la construcción de la unidad, pero las notas al pie de página, escritas a mano con una tinta roja ya oscurecida, revelaban una verdad aterradora.

La universidad no había sido construida sobre un terreno cualquiera. El subsuelo de Azcapotzalco albergaba los restos de un antiguo teocalli azteca consagrado a deidades del inframundo que los conquistadores españoles habían intentado sepultar sin éxito. La estructura brutalista de la UAM, con sus toneladas de concreto armado y sus formas geométricas severas, no había sido un diseño meramente estético: funcionaba como un sello físico, una jaula de cemento diseñada para contener la energía telúrica y los sacrificios olvidados de la zona.

"Cada cincuenta años, el sello de concreto exige un balance. La estructura debe optimizar sus recursos devorando la vitalidad de los que habitan el recinto. Si la cuota no se liquida al caer la noche del solsticio, el campus quiebra y reclama la vida de sus propios hijos."

Mateo palideció. Miró la fecha en la pantalla de su teléfono. Era 21 de junio. El solsticio de verano. La batería marcaba 12%.

Acto IV: La liquidación de CSH

Un crujido ensordecedor interrumpió su lectura. La mesa que bloqueaba la entrada de la biblioteca saltó en pedazos. Los estudiantes de concreto y las sombras de papel habían entrado. No venían corriendo; avanzaban con la certeza inevitable de un plazo de entrega que se agota.

Mateo dejó caer el libro y corrió hacia la parte trasera de la biblioteca, escapando por la salida de emergencia que daba hacia los pasillos de Ciencias Sociales y Humanidades. Al salir al pasillo exterior, se dio cuenta de que la geografía de la universidad había terminado de colapsar. Los edificios ya no guardaban su orden lineal; se habían curvado hacia adentro, formando un coliseo colosal de concreto que apuntaba hacia el patio central de las oficinas divisionales.

Donde antes se encontraban los cubículos de los profesores, ahora se abría un abismo negro, una fosa circular de donde emanaba un calor sofocante y un zumbido que recordaba al de miles de antiguas máquinas de escribir funcionando al unísono. Del fondo de la fosa surgían tiras kilométricas de papel continuo de contabilidad que se retorcían como serpientes, mezclándose con raíces secas y huesos humanos pulverizados.

—No puede ser real... es una alucinación por el estrés del fin de trimestre —se dijo Mateo a sí mismo, dándose bofetadas en el rostro, las lágrimas rodando por sus mejillas—. ¡Despierta, concilia las cuentas, despierta!

Pero el dolor era real. El frío del viento era real. Y la figura que emergió del abismo también lo era.

No era un demonio con cuernos, sino una manifestación burocrática y brutal de la propia universidad. Una masa amorfa compuesta de archiveros metálicos retorcidos, fragmentos de pizarrones verdes, escritorios rotos y lodo negro del subsuelo. En el centro de esa criatura, flotaba un núcleo que brillaba con una luz azul cobalto: el motor analítico de la institución, el gran libro contable del sello cansado.

La masa extendió un tentáculo hecho de cables de teléfono de oficina y carpetas de argollas oxidadas, atrapando a Mateo por el tobillo. El dolor fue fulminante; sintió como si le inyectaran tinta hirviendo directamente en las venas. La criatura lo arrastró inexorablemente hacia el borde de la fosa de CSH.

El teléfono de Mateo vibró una última vez antes de apagarse por completo: 1% de batería. La pantalla reflejó su propio rostro, pero sus ojos ya no eran cafés; comenzaban a tornarse del gris opaco del concreto.

Acto V: El amanecer de ceniza

Mateo comprendió que no podía ganarle a la estructura por la fuerza física. Era un estudiante de administración; su mente estaba entrenada para analizar sistemas de control, gestionar crisis y cuadrar balances donde los números parecían imposibles. El sello requería energía, requería una mente que liquidara la deuda que mantenía contenida la maldición del subsuelo.

Soportando el dolor que le calcinaba la pierna, usó su mano libre para sacar de la mochila su pesada carpeta del proyecto de Administración Financiera, junto con una calculadora financiera de alta gama que cargaba siempre. Sabía que las matemáticas de la maldición seguían un patrón de pérdidas y ganancias de energía.

Con los dedos temblorosos, encendió la calculadora que aún tenía una batería independiente de larga duración. Comenzó a teclear con furia, utilizando la fórmula de amortización de activos y el cálculo del Valor Actual Neto, pero invirtiendo las variables para simular una quiebra total de los recursos que la criatura intentaba absorber. Diseñó un cierre contable fraudulento para el "sistema de almas" de la universidad, una transferencia de deuda masiva hacia el propio vacío del abismo.

—¡Tu balance está descuadrado! —bramó Mateo—. ¡Declaro esta cuenta en bancarrota!

Clavó las hojas impresas llenas de números y el dispositivo directamente en el núcleo azul de la masa burocrática.

Una descarga de estática y una ráfaga de viento cargada de confeti de papel triturado estalló en el patio. El cortocircuito de lógica financiera generó una onda que iluminó todo el campus

con una luz blanca y cegadora. La criatura emitió un chillido que sonó como el crujido de toneladas de metal archivador colapsando. El concreto a su alrededor comenzó a agrietarse, desprendiendo pedazos que caían al vacío.

Mateo sintió que la fuerza de gravedad se invertía. La fosa comenzó a cerrarse con un rugido tectónico, tragándose a las estatuas de piedra, las sombras de la biblioteca y la masa de archiveros. La onda expansiva lo lanzó por los aires, haciéndolo rodar por el pasillo del edificio W hasta que el conocimiento lo abandonó.

Cuando Mateo abrió los ojos, la luz del sol le daba de lleno en la cara. El cielo de Azcapotzalco estaba despejado, teñido de un azul pálido matutino. Los pájaros cantaban en los árboles cercanos a la Plaza Roja.

Se levantó con dificultad. Todo el cuerpo le dolía, y al mirarse el tobillo, vio una cicatriz extraña, una marca concéntrica que recordaba a la textura del cemento pulido. A unos metros de él, su calculadora y sus notas yacían completamente carbonizadas, inservibles.

El campus lucía normal. A lo lejos, se escuchaba el bullicio de los alumnos del turno matutino que entraban por San Pablo, riendo, quejándose de los exámenes y revisando apuntes. Los vigilantes hacían sus rondines habituales, saludando a los profesores.

Mateo caminó lentamente hacia la salida, arrastrando un poco la pierna herida. Al pasar junto al muro del edificio W, se detuvo un segundo. La pared de concreto aparente lucía idéntica a como siempre la había visto, pero al mirarla muy de cerca, justo a la altura de sus ojos, notó algo nuevo grabado en la piedra.

No era un grafiti. Eran unas líneas finas, precisas, grabadas en el relieve del cemento, que formaban perfectamente su propio número de matrícula universitaria. Y justo al lado, un pequeño mensaje que solo un administrador podría entender:

AUDITORÍA CONCLUIDA. CUENTAS SALDADAS HASTA EL SIGUIENTE SOLSTICIO.

Mateo no miró atrás. Cruzó las rejas de la entrada principal y se juró a sí mismo que, pasara lo que pasara, jamás volvería a inscribir una sola materia en el turno de la tarde.

Si no despierto

Ximena Vanessa Ruiz Abreu



Si no despierto

—Ximena Vanessa Ruiz Abreu

Género: Drama

Realizado con asistencia de IA (Modelo: ChatGPT)

Dicen que uno nunca sabe cuál será el último día de su vida. Tal vez por eso vivimos con tanta prisa, creyendo que siempre habrá un mañana para llamar a alguien, pedir perdón, decir “te quiero” o simplemente descansar un poco.

Yo también pensaba así.

Era martes. Sonó la alarma a las seis de la mañana y, como siempre, la apagué tres veces antes de levantarme. Preparé mi desayuno sin hambre, revisé el celular mientras caminaba por la casa y salí corriendo porque ya iba tarde. Mi mamá me gritó desde la cocina:

—¡Que tengas un buen día!

Sin dejar de caminar respondí:

—Sí, luego hablamos.

No sabía que esas serían las últimas palabras que le diría ese día.

Las horas pasaron entre clases, tareas y mensajes sin responder. Todo parecía normal. La vida seguía igual que siempre.

Al salir, el cielo estaba gris y comenzaba a llover. Crucé la calle mirando la pantalla del teléfono. Escuché un frenazo. Después... nada.

No hubo oscuridad. Tampoco dolor.

Cuando abrí los ojos estaba en el mismo lugar, pero todo era extrañamente silencioso. Los autos seguían ahí, aunque nadie parecía verme. Caminé confundida hasta que observé una ambulancia detenida a unos metros.

Varias personas rodeaban a alguien tendido sobre el pavimento.

Me acerqué.

Era yo.

Sentí que el aire desaparecía. Intenté gritar, mover a los paramédicos, tocar a mi cuerpo, pero mis manos atravesaban todo como si fueran humo.

—No puede ser...

Nadie respondió.

Las sirenas comenzaron a alejarse mientras la ambulancia partía con mi cuerpo. Sin saber cómo, aparecí en el hospital.

Los médicos corrían de un lado a otro.

Escuché una palabra que jamás imaginé escuchar sobre mí.

—Coma.

Mi corazón seguía latiendo, pero yo estaba atrapada en algún lugar entre la vida y el sueño.

Los días comenzaron a pasar de una manera extraña. No existían relojes para mí, pero podía ver amanecer y anochecer desde la ventana del hospital.

Mi mamá llegaba todos los días.

Se sentaba junto a mi cama, tomaba mi mano y hablaba como si pudiera escucharla.

—Hoy salió el sol... ¿te acuerdas cuánto te gustaban los días así?

Yo quería responder.

Quería decirle que sí la escuchaba.

Quería abrazarla.

Pero permanecía inmóvil.

Un día entró mi mejor amiga.

Traía los ojos hinchados de tanto llorar.

—Perdóname por enojarme contigo por algo tan tonto... pensé que tendríamos tiempo para arreglarlo.

Se quedó en silencio unos segundos.

—Despierta, por favor. Te necesito.

Nunca imaginé cuánto podía doler escuchar el sufrimiento de quienes amas sin poder hacer absolutamente nada.

Con el paso del tiempo las visitas fueron cambiando.

Algunos amigos dejaron de ir.

Las flores se marchitaron.

Los mensajes en el celular dejaron de llegar.

La vida seguía para todos.

Al principio eso me hacía sentir olvidada.

Después comprendí que así funciona el mundo.

Las personas continúan viviendo porque también tienen miedo de quedarse detenidas.

Una noche apareció un anciano sentado junto a la ventana.

Nunca lo había visto entrar.

Vestía de blanco y sonreía con tranquilidad.

—¿Quién es usted? —pregunté.

—Alguien que viene cuando las personas necesitan decidir.

—¿Decidir qué?

—Si quieren despertar... o descansar para siempre.

Sentí un escalofrío.

—¿Estoy muriendo?

Él negó lentamente.

—Todavía no. Pero tu corazón está cansado de esperar.

Miré a mi alrededor.

Todo era silencioso.

—¿Y si decido no despertar?

El anciano observó la ciudad iluminada.

—Entonces dejarás de sentir dolor. No habrá preocupaciones, ni miedo, ni tristeza.

—¿Y mi familia?

Guardó silencio.

A veces los silencios responden más que las palabras.

Durante los días siguientes pensé en toda mi vida.

Recordé las veces que dije “después lo hago”.

Las llamadas que nunca devolví.

Los abrazos que pospuse.

Las fotografías que nunca tomé porque estaba demasiado ocupada revisando redes sociales.

Había vivido pensando en el futuro.

Nunca en el presente.

Entonces ocurrió algo que cambió todo.

Escuché la voz de mi mamá una vez más.

Esta vez no lloraba.

Solo sostenía mi mano.

—No sé si puedas escucharme... pero quiero que sepas que estoy orgullosa de ti. Si decides descansar, prometo aprender a vivir con tu ausencia. Pero si todavía tienes fuerzas... vuelve.

Sentí un calor recorrer mi pecho.

Después entró mi papá.

Era la primera vez que lo veía llorar.

No dijo muchas palabras.

Solo besó mi frente.

—Te esperamos en casa.

En ese instante comprendí que todavía había cosas que quería vivir.

Quería volver a desayunar sin prisa.

Reírme con mis amigos.

Abrazar a mis padres.

Ver otro atardecer.

Escuchar mi canción favorita.

Incluso quería volver a hacer tareas de las que tanto me quejaba.

Porque significaban que seguía viva.

El anciano apareció nuevamente.

—¿Ya decidiste?

Lo miré fijamente.

—Sí.

Sonrió.

—Entonces despierta.

Sentí que todo comenzaba a desvanecerse.

Las luces.

Las paredes.

Las voces.

Abrí los ojos lentamente.

El techo blanco del hospital estaba frente a mí.

Escuché el sonido constante de los monitores.

Intenté mover una mano.

Alguien llamó a los médicos.

Mi mamá levantó la vista y, al ver mis ojos abiertos, comenzó a llorar de felicidad.

Nunca olvidaré ese abrazo.

Meses después regresé a casa.

La recuperación fue lenta.

Aprendí nuevamente a caminar largas distancias.

Aprendí a tener paciencia.

Pero, sobre todo, aprendí algo que nadie debería descubrir demasiado tarde.

La vida no se mide por la cantidad de días que vivimos, sino por las personas con las que compartimos esos días.

Desde entonces nunca me voy de casa sin despedirme.

Nunca dejo un “te quiero” para mañana.

Nunca pienso que siempre habrá otra oportunidad.

Porque nadie sabe cuándo llegará el momento de cerrar los ojos.

Y porque, algún día, todos podríamos preguntarnos lo mismo...

¿Y si no despierto?

El expediente 17-B

Sebastian González Cruz



El expediente 17-B

—Sebastian González Cruz

Realizado con asistencia de IA (Modelo: ChatGPT)

El inspector Daniel Ortega nunca creyó en lo sobrenatural. Para él, todo crimen tenía una causa lógica, una cadena de hechos y una mente detrás. Durante quince años en la policía judicial, había visto lo peor del ser humano: asesinatos por celos, codicia, venganza... pero nada que no pudiera explicarse.

Hasta el expediente 17-B.

Todo comenzó una madrugada lluviosa de octubre, cuando recibió una llamada del comandante Ruiz. Habían encontrado un cuerpo en un edificio abandonado en el centro de la ciudad. Nada fuera de lo común, excepto por un detalle: el cadáver no presentaba signos de violencia visibles, pero su rostro estaba deformado en una expresión de terror absoluto.

—Quiero que te encargues, Ortega —dijo Ruiz al teléfono—. Algo no cuadra.

Daniel llegó al lugar poco antes del amanecer. El edificio, una vieja clínica cerrada desde hacía años, se erguía como un esqueleto gris entre la neblina. La cinta amarilla ondeaba con el viento y los peritos trabajaban en silencio.

El cuerpo yacía en el tercer piso. Un hombre de unos cuarenta años, trajeado, aparentemente sin heridas. Sin embargo, sus ojos estaban abiertos de par en par, inyectados en sangre, como si hubiera visto algo imposible antes de morir.

—¿Causa de muerte? —preguntó Daniel.

—Aún no se determina —respondió la forense, la doctora Lara—. No hay golpes, no hay cortes... es como si su corazón simplemente se hubiera detenido. Pero mire esto.

Le mostró las manos del cadáver. Las uñas estaban rotas, y había restos de piel bajo ellas.

—Se defendió... o intentó escapar de algo —añadió ella.

Daniel recorrió el lugar. Las paredes estaban cubiertas de manchas de humedad y grafitis. Pero en una de las habitaciones encontró algo distinto: símbolos dibujados con lo que parecía ser carbón. Figuras circulares, líneas entrelazadas, y en el centro, una especie de rostro distorsionado.

—¿Quién hizo esto? —murmuró.

—Nadie lo sabe —dijo un policía detrás de él—. Este lugar lleva años abandonado.

El caso parecía sencillo al principio: un hombre muerto en circunstancias extrañas. Pero al revisar los archivos, Daniel descubrió algo inquietante. No era el primer cuerpo encontrado en ese edificio.

Había al menos otros cinco casos similares en los últimos diez años. Todas las víctimas murieron sin heridas visibles, todas con expresiones de terror... y todas habían sido encontradas cerca de esos mismos símbolos.

—¿Por qué nadie conectó los casos? —preguntó Daniel en la comisaría.

—Porque nunca hubo pruebas suficientes —respondió Ruiz—. Cada caso se cerró como muerte natural o indeterminada.

Daniel no estaba convencido.

Decidió investigar a las víctimas. No tenían relación aparente: diferentes edades, profesiones y contextos. Pero todos habían estado, por alguna razón, en ese edificio poco antes de morir.

La clave llegó cuando entrevistó al velador de un negocio cercano, un anciano llamado Don Eusebio.

—Ese lugar no está vacío, joven —dijo el hombre con voz temblorosa—. Nunca lo ha estado.

—¿A qué se refiere?

—Hace muchos años, cuando era clínica, pasaron cosas malas ahí. Experimentos... gente que desaparecía. Luego la cerraron de repente. Pero dicen que algo se quedó.

Daniel suspiró.

—Necesito hechos, no historias.

—Los hechos no siempre explican todo —respondió el anciano—. Si entra ahí de noche, no vaya solo.

Esa noche, Daniel decidió regresar al edificio.

La lluvia había cesado, pero el aire era aún más pesado. Subió las escaleras con una linterna en mano. Todo estaba en silencio, excepto por el crujir del piso bajo sus pasos.

Llegó a la habitación de los símbolos. Algo había cambiado.

Las figuras en la pared parecían más definidas, como si alguien las hubiera reforzado. Y en el centro del círculo, había una sombra.

Daniel apuntó con la linterna.

No era una sombra normal. No correspondía a ningún objeto. Se movía ligeramente, como si respirara.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó, sacando su arma.

La sombra se expandió.

Un frío intenso recorrió su cuerpo. De pronto, escuchó un susurro.

—Te estaba esperando...

Daniel giró bruscamente, pero no había nadie.

El susurro volvió, ahora más cerca.

—Todos vienen... todos ven...

El inspector comenzó a sudar. Intentó mantener la calma, racionalizar lo que estaba ocurriendo.

—Es sugestión —se dijo—. Estrés.

Pero entonces lo vio.

En el reflejo de una ventana rota, apareció un rostro detrás de él. No era humano. Sus ojos eran completamente negros, y su boca se abría en una mueca imposible.

Daniel se dio la vuelta.

Nada.

Respiró agitado. Sus manos temblaban.

—Esto no es real —murmuró.

El susurro se convirtió en un grito.

Las paredes comenzaron a vibrar. Los símbolos parecían moverse, retorcerse. La sombra en el centro creció hasta ocupar toda la habitación.

Y entonces, Daniel comprendió.

No era un asesino humano.

Era algo que se alimentaba del miedo.

Intentó correr, pero sus piernas no respondían. La sombra lo envolvió. Sintió un terror puro, absoluto, como si su mente se rompiera.

En su último momento de lucidez, entendió por qué las víctimas no tenían heridas.

El verdadero daño no era físico.

Era el alma.

A la mañana siguiente, encontraron el cuerpo del inspector Ortega en el tercer piso del edificio. Sin heridas. Sin signos de violencia.

Solo una expresión de horror indescriptible en su rostro.

El expediente fue clasificado como muerte indeterminada.

Y archivado bajo una nueva clave:

Expediente 17-B.

Semanas después, un joven policía revisaba los archivos antiguos. Al llegar al expediente, notó algo extraño.

En una de las fotografías del lugar del crimen, detrás del cuerpo de Ortega, se distinguía una figura oscura en la pared.

El policía frunció el ceño.

—Debe ser un error de la imagen —dijo.

Pero al acercarse más, sintió un escalofrío.

Porque la figura parecía estar mirándolo.

Y entonces, en el silencio de la oficina, escuchó un susurro:

—Ahora tú...

El jardín donde la luna aprendió tu nombre

Leyda Rubí Flores López



El jardín donde la luna aprendió tu nombre

—Leyda Rubí Flores López

Género: Romance y Crecimiento Personal

Realizado con asistencia de IA (Modelo: ChatGPT)

I. La casa de las constelaciones

Nora, estudiante universitaria, heredó una antigua casa cubierta de rosales. Cada medianoche aparecía un jardín imposible donde las flores brillaban como cuarzos bajo la luna. Tres gatos naranjas, Sol, Brasa y Ámbar, parecían conocer el camino antes que ella. Allí encontró un reloj sin agujas y una carta:

“La magia existe mientras alguien decida creer con el corazón despierto.”

El viento llevaba aroma a lluvia, rosas y tierra húmeda. Cada conversación añadía una capa de confianza y cada pequeño desafío reforzaba el mensaje de que el amor más luminoso nace cuando primero florece el respeto por uno mismo. Nora descubría belleza en las cosas sencillas: leer junto a una ventana, bailar sin música unos segundos, contemplar las estrellas y creer que todavía quedaban rincones secretos esperando ser encontrados.

II. El guardián

En el jardín conoció a Gael, un joven que protegía aquel lugar desde hacía generaciones. No era un príncipe ni un héroe perfecto. Era alguien que cargaba culpas por decisiones pasadas. Ambos descubrieron que el jardín florecía o se marchitaba según la verdad que cada visitante aceptaba sobre sí mismo.

El viento llevaba aroma a lluvia, rosas y tierra húmeda. Cada conversación añadía una capa de confianza y cada pequeño desafío reforzaba el mensaje de que el amor más luminoso nace cuando primero florece el respeto por uno mismo. Nora descubría belleza en las cosas sencillas: leer junto a una ventana, bailar sin música unos segundos, contemplar las estrellas y creer que todavía quedaban rincones secretos esperando ser encontrados.

III. Las pruebas

El reloj comenzó a mostrar recuerdos dolorosos. Nora revivió fracasos, despedidas y sueños abandonados. Cada vez que aceptaba una parte de su historia, una nueva flor nacía. Gael comprendió que también debía dejar de vivir intentando reparar un pasado imposible.

El viento llevaba aroma a lluvia, rosas y tierra húmeda. Cada conversación añadía una capa de confianza y cada pequeño desafío reforzaba el mensaje de que el amor más luminoso nace cuando primero florece el respeto por uno mismo. Nora descubría belleza en las cosas sencillas: leer junto a una ventana, bailar sin música unos segundos, contemplar las estrellas y creer que todavía quedaban rincones secretos esperando ser encontrados.

IV. Eclipse

Una sombra quiso quedarse con el jardín alimentándose del miedo. Para vencerla no bastaban hechizos. Nora entendió que el valor consiste en avanzar incluso cuando el miedo sigue caminando a tu lado. Juntos enfrentaron la oscuridad sin perder su ternura.

El viento llevaba aroma a lluvia, rosas y tierra húmeda. Cada conversación añadía una capa de confianza y cada pequeño desafío reforzaba el mensaje de que el amor más luminoso nace cuando primero florece el respeto por uno mismo. Nora descubría belleza en las cosas sencillas: leer junto a una ventana, bailar sin música unos segundos, contemplar las estrellas y creer que todavía quedaban rincones secretos esperando ser encontrados.

V. Cartas entre estrellas

Durante semanas escribieron cartas en lugar de promesas. Hablaron de viajes, libros, música y del futuro. El romance creció despacio, con respeto y admiración mutua. Ninguno intentó cambiar al otro.

El viento llevaba aroma a lluvia, rosas y tierra húmeda. Cada conversación añadía una capa de confianza y cada pequeño desafío reforzaba el mensaje de que el amor más luminoso nace cuando primero florece el respeto por uno mismo. Nora descubría belleza en las cosas sencillas: leer junto a una ventana, bailar sin música unos segundos, contemplar las estrellas y creer que todavía quedaban rincones secretos esperando ser encontrados.

VI. El precio

El jardín solo podía salvarse si alguien renunciaba a él para siempre. Gael decidió hacerlo en silencio. Nora descubrió la verdad y eligió compartir el sacrificio. El lugar respondió de una manera inesperada: cuando dos personas aman sin poseer, la magia encuentra otro camino.

El viento llevaba aroma a lluvia, rosas y tierra húmeda. Cada conversación añadía una capa de confianza y cada pequeño desafío reforzaba el mensaje de que el amor más luminoso nace cuando primero florece el respeto por uno mismo. Nora descubría belleza en las cosas sencillas: leer junto a una ventana, bailar sin música unos segundos, contemplar las estrellas y creer que todavía quedaban rincones secretos esperando ser encontrados.

VII. Primavera

El jardín permaneció, aunque distinto. Ya no concedía milagros espectaculares. Regalaba algo más difícil: claridad para tomar decisiones. Nora terminó su carrera, viajó, volvió a escribir y aprendió que los sueños también necesitan disciplina.

El viento llevaba aroma a lluvia, rosas y tierra húmeda. Cada conversación añadía una capa de confianza y cada pequeño desafío reforzaba el mensaje de que el amor más luminoso nace cuando primero florece el respeto por uno mismo. Nora descubría belleza en las cosas sencillas: leer junto a una ventana, bailar sin música unos segundos, contemplar las estrellas y creer que todavía quedaban rincones secretos esperando ser encontrados.

VIII. Donde termina el cielo

Años después regresaron con nuevos visitantes. Los gatos seguían esperando entre las flores. Sobre el viejo reloj apareció una sola aguja apuntando al amanecer. Nora sonrió al comprender que nunca marcó horas, sino comienzos. Ella y Gael caminaron de la mano mientras la luna

desaparecía. Algunas historias terminan con un beso; la suya empezó realmente después de él, cuando ambos eligieron crecer todos los días.

El viento llevaba aroma a lluvia, rosas y tierra húmeda. Cada conversación añadía una capa de confianza y cada pequeño desafío reforzaba el mensaje de que el amor más luminoso nace cuando primero florece el respeto por uno mismo. Nora descubría belleza en las cosas sencillas: leer junto a una ventana, bailar sin música unos segundos, contemplar las estrellas y creer que todavía quedaban rincones secretos esperando ser encontrados.



La creatividad humana encuentra nuevas formas de expresarse cuando dialoga con la tecnología. En **Algoritmos de la imaginación**, la escritura y la inteligencia artificial se encuentran para dar origen a relatos que exploran el misterio, la ciencia ficción, la fantasía, el drama, el romance y las emociones que atraviesan la experiencia humana.

Este número reúne cuentos creados con apoyo de herramientas de IA, en los que cada autora y autor transforma ideas, inquietudes y mundos posibles en narraciones propias. Más que sustituir la imaginación, la inteligencia artificial aparece aquí como una aliada para experimentar con la palabra, ampliar horizontes narrativos y descubrir nuevas rutas para contar historias.

La presente publicación forma parte de una serie integrada por **12 entregas** que, en conjunto, muestran la diversidad de voces, géneros y estilos que pueden surgir cuando la escritura se convierte en un espacio de colaboración entre personas y sistemas inteligentes.

Cada relato invita a mirar la creación literaria desde una perspectiva contemporánea: una en la que la sensibilidad, la memoria, la intuición y la tecnología se entrelazan para construir nuevas posibilidades narrativas.

Te invitamos a visitar otros números de la revista en:
<https://revistaiauama.com/>

Esta publicación forma parte de las **12 entregas** de este número especial dedicado a la creatividad a través de la escritura y la creación literaria con inteligencia artificial.

Revista IA UAM-A • Departamento de Administración
Contacto: iauama@azc.uam.mx

